

## CUTJAN CUYAMET

—¡Atención atención ¡todos a prepararse!!!

Año de 1944. Pasos apresurados. Ruidos metálicos, como si una quijada enorme se aprestara a masticar. Voces agitadas. Susurros. Presagios girando en aquel cielo gris, como bandadas de pájaros ciegos y alarmanes. Un troquel inmenso que va acuñando seres frágiles, propensos a desmoronarse.

—¡Se han sublevado Hay muchos oficiales complicados en el asunto. Dice mi sargento que la cuestión está realmente fea. !!

—¡Y se les ocurre enviarnos a nosotros La cuña para que apriete debe ser del mismo palo !!

—¡Qué tonteras estás diciendo . ? ¿Acaso olvidás la disciplina? ¡Vamos, acompañame y no hagás comentarios estúpidos !!

La furia desatada. Furia de dos filos, aletazo petrificado en el aire, presto a descargarse. Mano implacable que dibuja rostros para seguir golpeando. Furia delgada que se filtra entre los huesos. Furia reseca de tanto correr sobre cuerpos calcinados. Todo un verano de bordes agresivos girando incontenible. Un golpe, una caída y aquel estertor que se debate por encajarse en una garganta que el sol ha endurecido. Es la furia de un hombre contra todos los hombres, es un cuchillo atroz que corre vertiginosamente deshilando cuerpos.

—¡El levantamiento ha sido sofocado, mi General !!

(\*) Joven cuentista salvadoreño. Nació en 1941. Se ha hecho merecedor a varios galardones, entre ellos el 2º lugar en la rama de Cuento en el Certamen Centroamericano de Quezaltenango, Guatemala, 1967.

El odio en los rincones, manso, imperceptible. El odio y la sangre mezclados, confundidos. El odio enquistado en las viejas paredes de adobe. El odio abrazado a valles y montañas, como una hiedra que crece impetuosa, que ahoga, que va levantando cercos. El odio tronando como un dios enfurecido. El odio como un viento negro que enluta esperanzas y amontona sombras alrededor de seres simples. El odio como un puño que golpea misericorde y aprieta sueños, hasta pulverizarlos.

—¡Me extraña tu actitud, Ciriaco, siempre te consideré un hombre con agallas, pero esta vez te has portado como un cobarde !!!

—Déjame, quiero estar solo, necesito pensar. ¡Vos no podés comprender lo que me sucede !!!

—Te aprecio, lo sabés, y por eso te digo que tengas cuidado. Tu actitud en estos días ha sido de abierta oposición y hostilidad hacia el gobierno. Acaso no entendés que sos un soldado, que la disciplina, la fidelidad, la obediencia, son partes de nuestra vida en estos cuarteles ? Temo por vos, Ciriaco, por tu vida. Ayer te negaste a dispararle a los últimos revoltosos. Vacíaste la carga en el aire. ¡No, no digás nada, que lo ví todo !!

—¡Pronto terminaré la platada, y te juro que no volveré a empuñar un fusil. Me dan asco. Me resulta incomprendible que con él se puedan tronchar vidas con tanta facilidad !!

—¡Vos sos un loco, Ciriaco!!

—¡No, García, no soy un loco ! Si estuvieras en mi lugar harías lo mismo. Si tuvieras la cabeza llena de recuerdos amargos como yo, harías lo mismo. Si, García, harías lo mismo !!

—¿Y después que esto termine, para dónde vas a agarrar ??

—Para mi pueblo, pero no llevo la intención de trabajar y buscar mujer, tener hijos y hacerme viejo. No, voy nada más a encontrarme con el recuerdo de mi tata, a buscarlo por aquellos montarrales, en algún lado tienen que estar sus huesos !

Izalco se levanta sencillo y desnudo, prendido a la tierra con avidez vegetal y cósmica. El llanto corre impetuoso, penetra en sus socavones, conmueve su estructura de siglos. El llanto gira pariendo inviernos. Es un perro que ronda las pupilas y que pugna por salir, por echarse a trotar sobre los recuerdos amontonados

En los alrededores de aquella ciudad transcurrieron los primeros años de Ciriaco, años de congojas ocultas, deslizándose lentos, casi a rastras, junto a una madre enferma y consternada y un abuelo huraño, pensativo, que corría a refugiarse en los rincones desde los cuales alzaba el puño sarmentoso mientras lanzaba maldiciones tumultuosas, para después escupir con furia irrefrenable, con asco, acremente. Doce años se han sucedido desde aquellos días de espanto y locura. Años desgastados en lamentar la muerte de aquel que fuera sombra y sustento y que al filo de una tarde tenebrosa, de minutos encrespados, cayera abatido frente al desenfreno de plomo, ante bocas ululantes y cubiertas de flema.

Ciraco es ahora una sombra abrazada al tiempo, una sombra inquieta, en fuga constante. Doce años han aovado en su cerebro, y hoy vive alucinado, apresado en un sopor asfixiante. Comprender su pasado, aceptarlo en toda su crueldad, le resulta harto difícil. Aunque se empeña en salir no logra abandonar aquella tumba gigantesca en donde un alud de cadáveres continuán gimiendo, con una cifra cabalística sobre el pecho.

Antes de aquel año fatídico y para cada celebración de los Santos Patrones del lugar, su tata era seleccionado para personificar al Cutjan Cuyamet, en un baile tradicional con el que se representa la caza del tunco de monte.

Ciraco aún puede recordar, con asombrosa claridad, la última vez en que su padre, mientras araba de uno a otro lado del inmenso potrero, iba repitiendo maquinalmente la parte final de dicho baile, cuando va cazado y muerto el tunco, se le reparte en forma figurada entre las personalidades del pueblo con la intención de ridiculizarlas:

Chan no lomu,  
chan tu mayordomu.  
Ni gordura,  
ya guichan señor cura.  
Ni ish,  
ya guichan Luis.  
Ni lengua,  
ya guichan ña Rosenda.

Así transcurría esa exhibición popular, provocando carcajadas entre la concurrencia alegre, tumultuosa, indiferente al fondo trágico y doloroso de aquella danza. Para Ciraco, su tata era el mejor Cutjan Cuyamet de aquellos contornos. Pleno de gozo, perdido entre la algarabía, reía de los saltos ágiles, del movimiento acompasado de la complicada armazón de bejucos cubierta con el desgastado cuero del jabalí, bajo la cual su tata resoplaba, fatigado, ante los ataques de sus perseguidores.

Igualmente perseguido, como un Cutjan Cuyamet, había muerto. Y la imagen de aquel hombre pisoteado, con una rasgadura profunda en el pecho, se reflejaba en su cerebro, en el que paulatinamente, como sobre una piel raída, la fiebre se iba colando, galvanizando sus antiguos pesares

—¡Tata tata No No el baile las ametralladoras No.  
no no !

—¡Ciraco Ciraco ¿qué te sucede, hombre ?

—¡No, no es nada García. Creo que no estoy bien. Me duele la cabeza,  
nada más !

Aún despierto, la imagen de su tata ametrallado se mete en sus pupilas. Ciraco se esfuerza por transportar a su memoria hechos, circunstancias y personas, pero los recuerdos permanecen anclados en un fondo viscoso, y no encuentra una salida, ningún centímetro abierto que le permita atisbar y recuperar su lucidez. Sólo presente estrecheces, una sobre otras, como láminas gruesas, y bajo ellas, su angustia aplastada contra otro promontorio de láminas

asfixiantes. Pero logra por fin adelgazar su desesperación y se filtra sigilosamente en su pasado, y torna, muchos años atrás, a los mismos lugares que sirvieron de escenario a la bestial masacre. Recuerda con nitidez aquellas noches interminables, noches espesas que cimbraban azotadas por una tempestad de plomo calcinante. Aún lo deslumbran los mil destellos que parpadeaban en aquel cielo, sobre aquella tierra, en aquellos días, y tiembla al recordar el retumbo infernal que se iba saltando entre breñales para perderse finalmente en las oscuras cañadas. La Guardia Cívica aullaba con ferocidad y apretaba el gatillo con fruición. Centenares de cuerpos rodaban por el suelo y allí quedaban, como pústulas sangrantes sobre aquellas latitudes, abiertos los ojos implorantes y apretados los puños, como si arrastraran consigo todo el cúmulo de miseria y opresión que en vida soportaron. El aullido de los perro se agudizaba y se extendía como un grito grueso dentro de un túnel estrecho. A veces se producía un silencio profundo. Se desplomaba la vida, caía sin que se le percibiera. De repente, sonaban nuevos disparos y los ayes se mezclaban a las blasfemias de los criminales.

—¡Mi General les envía un fraternal saludo. Ustedes han sabido defender la patria con valentía, arrojo y férrea decisión ejem ejem García, de un paso adelante !

El sol cae vertical, implacable. Cutjan Cuyamet está en medio del cuartel, desarticulado. Cinaco lo contempla absorto. Le duele verlo así, desangrado, con mil cuchillos de piedra clavados en el cuerpo, tendido hasta el infinito. La rigidez de aquella carne agujereada lastima las yemas de sus dedos. Le acongoja su muerte tantas veces repetida. Cutjan Cuyamet permanece allí, ante sus ojos desorbitados, sobre esa tierra maldita que gime y tiembla bajo su peso, como si un sollozo enorme le agitara las entrañas

Pero Cutjan Cuyamet volverá. Cinaco lo sabe con certeza absoluta. Casi puede percibir el rumor de la sangre que retorna de un millar de surcos, y logra verlo al fin, convertido en un sólido relámpago que golpea, que busca una huella para empezar a morder el talón.

—¡Que el ejemplo de García sea un estímulo y que se sientan orgullosos de ser soldados, fieles guardianes de nuestra sociedad ejem ejem Mi General le envía un fuerte abrazo, García, y esta carta, muy conceptuosa por cierto, ejem ejem que considero muy estimulante para usted !!

Gritos. Carcajadas golpeando el alma. Gemidos. Lamentos. Las mismas carcajadas y el mismo golpe en el alma. Cuerpos cobrizos con mil agujeros. Agujeros por donde asoma una pupila llena de sangre. Violaciones. Jadeos de bestia en celo. Protesta untada con mierda y sangre. Súplicas. Burla y humillación. Cuerpos colgados, con el último grito deslizándose entre los labios. Cuerpos carcomidos por una fuerza terrible, como si un viento salado los envolviera.

—¡Te enteraste, lo viste, vamos, decilo !!

—¡Sí, mi coronel habló muy bien de vos Nadie se atreve a dudar de tu valor. Vos sos todo un hombre !!

—¡Mirá la carta que me hizo llegar mi General. Me trata como si fuera chero suvo y me manda decir que quiere hablarme personalmente !!

—¡Sos un valeroso, García, matar cinco hombres es una tarea muy difícil !!

—¡Creyeron que iban a poder conmigo, pero se jodieron. Allá en el valle siempre he tenido fama por mi puntería. Y vos, nada, ¿verdad ?

—¡Tuve miedo, pero de matar, no de morir. Eran muchachos jóvenes, llenos de vida, de ilusiones. Me dieron lástima. Sentí lástima, eso es todo !!

—¡Es lo único que merecían, por revoltosos, por indisciplinados, por traidores a la patria !!

La noche se aproxima avasalladora. Todos duermen. Aquel galerón parece una fragua de enormes proporciones. Hiede a sudor, a orines, a cuerpos vapuleados. Ciriaco permanece despierto. Algo en su interior se ha desplomado. Siente que una fuerza tremenda lo saca de la realidad para lanzarlo hacia aquel pasado que se abre para recibirlo.

Recuerdos estrujantes se abaten sobre su alma, y mientras se empeña en continuar recordando más se acrecienta su furia, pero la protesta se le despedaza en la garganta. Los gritos de los condenados continúan resonando en sus oídos, como metales locos de un mineral que se desborda, gritos cortos según la distancia que ha recorrido el plomo hasta los cuerpos de aquellos infelices, y profundos, muy profundos, como la extensión vertical de una vida. La imagen de su tata, su cuerpo convertido en una vana inútil y su rostro disfigurado, es el recuerdo más fiel de Ciriaco.

Aquella noche última, en la que viera aún con vida a su padre, él le pidió que le repitiera las frases finales que se pronuncian al terminar la representación de Cutjan Cuyamet:

Ni tuchi,  
ya pal ña Luci.  
Ni tapash,  
ya guichan Macash.  
Ni untu,  
ya guichan tu dijuantu.

Luego la voz se le había quebrado en mil pedazos, como si un amargo presentimiento la hubiera martillado.

Movimientos desapercibidos. Susurros. Firmeza en las palabras. Decisión para lanzarse al vacío enorme de la muerte. La soldadesca corre, fusil en mano, a cumplir con su deber. Son jóvenes rústicos, cuerpos morenos hoy ennegrecidos por un odio que les ha sido dosificado. La disciplina los conduce a matar o a morir. Tal vez se pregunten el por qué de aquella sinrazón. Es posible que algunos sientan lástima de matar, temor de morir, y que otros se regocijen ante la probabilidad de tumbar unos cuantos revoltosos. Ciriaco camina sin prisa. No le agrada aquella disyuntiva de matar o morir. La vida, a despecho de lo cruel que ha sido, se le antoja apacible. Pero es un soldado y es su obligación cumplir.

El hambre ha recorrido todos los caminos. Es un hambre que golpea los entresijos del alma. Hambre terrible. La vida se diluye precipitadamente, hasta quedar reducida a un montón de bocas, inútiles, abiertas y suplicantes, mientras el hambre continúa picoteando cuerpos. El hambre que mina, corroee, enloquece, desespera. Un hambre subterránea que va pegando los intestinos a la tierra.

Su tata colmó en un instante su existencia frágil, cubierta de agujeros, huecos grises por donde la miseria había transitado, cavidades que el odio y la furia habían rebasado. Y en esos pocos días, treinta mil Cutjan Cuyamet se doblegaron ante el empuje feroz de aquella terrible fuerza. Treinta mil Cutjan Cuyamet perseguidos, cazados y repartidos.

García evade los ojos inquisidores de Ciriaco. Prefiere contemplar el cielo tranquilo, azul, sin ninguna nube que lo transite. García no alcanza a comprender aquella circunstancia en la que hoy se ha visto envuelto. Ha sido designado para formar parte de un pelotón de fusilamiento. Lo que menos esperaba era que entre aquellos condenados estuviera Ciriaco, el cual había desertado meses atrás. Hoy los sentimientos de García se han bifurcado, como dos torrentes amputados a un mismo ramal. Coágulos oscuros van sorprendiendo sus arterias. Un alarido inmenso le asciende hasta la garganta para despedazarse sin alcanzar a brotar. Hay un baluceo inútil. La muerte va ganando trecho. Derriba las últimas fortificaciones. A su paso todo queda marchito, amarillento, hediondo.

*Ciriaco contempla con indiferencia aquellos cinco agujeros, cinco cuencas por donde cinco pupilas endurecidas se van a precipitar sobre él, a hurgar entre su piel hasta encontrar las ataduras de su vida. García permanece firme. Disciplinado. Fiel. Ciriaco imagina que aún debe cargar la carta, sucia de tanto manoseo, que le enviara el General*

El día viene lanzando vidrio sobre los montes. Ciriaco sabe que muy pronto va a morir, que sucumbirá ante aquella avalancha de sangre. Pero no tiembla. Hay firmeza en su pulso, decisión en sus ojos que permanecen abiertos frente a los últimos caudales de luz. Ciriaco imagina que segadores de pupilas desmenuzadas acudirán presurosos a cortar su estatura rústica, vertical. Presente que aquel amanecer tiene bordes filosos, como si la noche le hubiera devastado sus asperezas

— ¡Atención !  
— apunten  
— ¡ fuego !!

Diciembre de 1944. El mismo rostro perplejo izando muecas sobre cuerpos derretidos. Un viento cáustico y grueso derribando aristas. Manos invictas. Manos postradas. Pájaros abominables persiguiendo sollozos, devorando gritos y blasfemias

## LA BENEMERITA

“Los agentes de la Guardia Nacional pueden allanar, en el cumplimiento de sus obligaciones, cualquier jurisdicción de la República, y especialmente en la persecución de los jornaleros y operarios que hayan faltado a los compromisos contraídos con los agricultores, y en la persecución de malhechores de todo género”

### Art. 78 — LEY AGRARIA

— ¡Yo quiero ser autoridad !

Es una tarde lluviosa, de luces ammoradas, de espacios sobrecogidos. El viento se filtra por las rendijas del rancho, agresivo, buscando a tientas la piel para atormentarla, luego escapa, aullante, y se dedica a golpear la tierra con rabia incontenible. La llama oscilante del candil se va empequeñeciendo inexorablemente, vencida bajo el peso de aquellas sombras despiadadas. Desde un rincón, la vieja Remigia respira ruidosamente, parece pronta a estallar, como si un grito de furia le ascendiera y estuviera a punto de brotar, colérico y punzante, por su boca desdentada. Crispín se siente avergonzado de sus palabras, de aquella frase que por un extraño impulso ha pronunciado. El sólo anhela llegar a ser autoridad, lo cual no le resulta absurdo de ninguna manera. Anda frisando los 19 años y ansía abandonar aquellos lugares, irse a la capital y vestir el uniforme de la Guardia Nacional, para sentirse temido y admirado, con sus botas relucientes, el fusil al hombro, resguardada su vida y sus más vulgares necesidades. Desde hace algunos meses ha venido madurando aquella idea, y por fin se ha atrevido a comunicársela a su nana. Crispín no desconoce el asco y la repugnancia que cualquier referencia a la autoridad provocan en ella, aunque ignora la razón de aquella repulsa. No obstante, ha llegado a entusiasmarse pensando en la enorme satisfacción que puede darle a su nana siendo partícipe del poder maravilloso de disponer de la vida y hacienda de los demás. La vieja Remigia se levanta calmosa y dirigiéndose hacia el fogón enciende un cigarro, da varias chupetadas, y se decide a hablar, con palabras secas, martilladas antes de ser pronunciadas:

— ¡Si autoridad para andar quebrando vidas, como quien quebra varas autoridad para entrar en los ranchos a patadas y a culatazos, como si no mereciera respeto la vida de los demás — autoridad para llevar la muerte en la cintura y hacerla vomitar cuando te diera la gana ! ¡Son puras mierdas tuvas, Crispín !

El muchacho se siente ofuscado, herido en su amor propio, frustrado en su intento de hacerle comprender a ella lo mucho que significa la cristalización de aquel deseo. Vencido, se hunde mucho más en su tapasco, saca un trozo de tabaco, lo muerde, y lentamente lo comienza a masticar. Trata de reconfortarse con aquel líquido viscoso, amarillento y hediondo, que como una miel áspera desciende por su garganta

Remigia se ha ido a sentar nuevamente al taburete. Sus ojos pequeños, ambarinos, como dos soles moribundos, se esfuerzan por escudriñar las sombras, en busca de una respuesta, de una salida a aquella angustia largamente acumulada, de un alivio a aquel dolor empozado durante largos y agobiantes años, y hoy removido en forma mesperada. El viento arrecia sus golpes, y la vieja vuelve a experimentar aquellas alucinaciones, aquel sopor que la sofoca más y más

—¡El 22 es la cosa ya todo está preparado Nadie nos podrá detener

—Si, Jacinto, al fin nos vengaremos de los patrones Hasta he perdido la cuenta de los golpes recibidos, pero no pienso contarlos cuando me corresponda devolverlos, porque voy a golpear hasta que las manos se me deshagan

—¿Y la Remigia qué dice ? ¿Está conforme ?

—Tiene miedo, ya vos sabés cómo son las mujeres. Se niega a que Felicia no se aliste en los grupos rojos. Dice que es apenas un muchacho, que es muy joven para morir o para matar, pero yo creo que 18 años son suficientes para hacer cosas de hombre

—¡¡Trató de convencerla. Decile que necesitamos al muchacho !!

—¡Haré lo que pueda, Jacinto !

El plomo se disuelve en las arterias y está formando coágulos de muerte. Un grito incontenible viene abriendo cauces profundos en todas las gargantas, y se escucha un alarido enorme, que golpea con exasperación aquellas latitudes petrificadas. Hombres micosos se lanzan a la más feroz persecución. Buscan la raíz honda y extensa de aquella insurrección, con uñas y dientes remueven la tierra, tratando de encontrar los orígenes de aquella vertiente de hombres hasta ayer humillados, con el rostro pegado a los surcos, e inesperadamente erguidos, dispuestos a vencer o a dejar la vida palpitando sobre los campos desplegados.

—¡¡India comunista Métnale tierra en el hocico, para que vaya a disfrutarla al otro mundo ja ja ja ja ja ja !!

Los zopilotes empiezan a formar sus círculos fatales, principio y fin de vidas y esperanzas. Cuerpos derrotados huyen hacia el monte, tratando de evadir aquellos feroces aletazos, esforzándose por escapar de aquellos perros sarnosos, con trazos de muerte y desolación, que ventean agresivos el olor de la sangre violada bajo el sol y que ya comienza a disecarse en las arterias. Los gritos recuperan su fuerza y su extensión, son torres alzadas sobre el viento, que finalmente se desploman, ante un silencio persistente y corrosivo

—¡¡Trató de escaparse el cabrón, pero lo cosí a balazos ja ja ja ja ja ja ja !!

El sol está sembrando tibezas en el polvo alucinante de todos los caminos, es un sol grávido que se obstina en parir hogueras diminutas sobre aquellos cuerpos vencidos, hasta hacerlos reventar, como frutos de sangre y flema.



Es un sol colérico que gira en el cielo intensamente gris y que propicia cuchalladas reseca sobre la piel de aquellos infelices ablandada a golpes y escupitajos.

— ¡Filiberto García acaba de regresar dice que en la Guardia se gana bien y que uno hasta tiene chance de recoger algunos centavos Yo podría traerte tus cositas

Temeroso, Crispín ha vuelto a hablar. Escupe una y otra vez aquella miel viscosa, mezcla de tabaco y saliva, y se remueve mucho más inquieto, esforzándose por lograr que su nana le comprenda y le ayude. El viento cesa algunos instantes en sus golpes, luego se aleja, se mete gritando por las hondonadas, estremece las barrancas y sube más aspero, más arrollador. Las últimas palabras de Crispín han quedado resonando en sus oídos, como metales furibundos, rabiosamente sonoras; a Remigia se le antojan piedras incandescentes vertidas sobre su cerebro frágil y tembloroso. Sin poderlo evitar, un gesto de asco se pinta en la piel rugosa de su rostro.

— ¡Bah, dinero ganado a costa de la humillación de los demás. A mí no me vengás con babosadas. Ya te lo he dicho, son tonteras que se te han metido en la cabeza

— ¡Pero, mama, si lo único que yo quiero es ser autoridad

— ¡Sí, autoridad para sentirte más hombre que los demás autoridad para pasar sobre todo lo que se te antoje

— ¡Además, a uno le enseñan a leer, y si uno quiere puede seguir la carrera militar

El viento ha retornado, más impetuoso. La lluvia arrecia y mete su aliento en el rancho. La vieja Remigia hace desesperados esfuerzos por desalojar aquella bruma de recuerdos que lenta, sigilosamente, retornan para envolverla. Nadie mejor que ella conoce el verdadero significado de la palabra autoridad. Es el santo y seña para pisotear vidas, como quien machaca hojas podridas. En nombre de la autoridad le amputaron a machetazo limpio los dos ramales más vigorosos de su vida, hoy resecos bajo la tierra, para siempre abandonados, sin la savia que los hiciera cantar y llorar sobre los surcos. En nombre de la autoridad la obligaron a presenciar la muerte de su hijo, allí nomás, en el patio del rancho, junto a las matas de izote, atónitos espectadores del bárbaro asesinato. En nombre de la autoridad no le permitieron velar y darles sepultura a sus dos seres queridos. Uno de tantos días supo que habían quedado en una fosa común en las afueras del pueblo, y hasta allí había ido, febril, sollozante, casi enajenada, a morder la tierra endurecida, a filtrar su llanto por entre los brotes de hierba, para que sus difuntos supieran que ella sufría, que lloraba, que gemía en aquel mundo alucinado. La lucidez se abre paso en su cerebro agitado, y puede volver a contemplar escenas que ya consideraba olvidadas: la silueta de su marido, recortada contra el atardecer, pendiente de un árbol, como una rama inutilizada. Nuevamente mira su rostro demacrado, los ojos fuera de sus órbitas, inyectados de inmensidad, como si hubiese querido empararse las pupilas de toda aquella realidad que le resultara tan cruel y amarga

—¡Se acabaron los comunistas, mi General

—¡¡Muy bien, muy bien, pero antes, y como una medida preventiva, hay que ajusticiar a todo varón mayor de 18 años, para que esa mala semilla no vuelva a fructificar !!

A través de una nueva marejada de sombras, Remigia puede atisbar el cadáver de su hijo, de Feliciano, ametrallado y con la boca llena de tierra, como si sus reclamos merecieran esa suerte perra. Ametrallado por el simple delito de tener 18 años y de ser un hombre sencillo, parido por aquella tierra reseca, crecido entre aquellos montes que parecen desbordarse desde el cielo anchuroso.

—¡Dice Filiberto que en la Guardia quieren hombres jóvenes, fortachones, que estén decididos a cambiar de vida

La cabeza enmarañada y gris de la vieja cae agobiada sobre el pecho, como si aquel cúmulo de recuerdos le pesara demasiado. Si aún tuviera fuerzas, si el aliento vital cubriera todavía los intersticios de su cuerpo, se largaría con uñas y dientes por todos aquellos barrancos y potreros, hasta dejar el descubierto aquel promontorio de huesos, para mostrárselos a Crispín, para enseñar-le las huellas imborrables de la autoridad, marcadas a sangre y fuego.

—¡Yo vendría a verte de vez en cuando o te mandaría retratos desde la capital, para que vieras mi uniforme !

El viento se aleja. Su rumor va perdiendo intensidad. La lluvia ha cesado, sólo quedan sus humedades acentuadas en el aire. Un perro descarnado surge de un rincón y se larga hacia el patio, olfateando la tierra mojada. Las luces parecen cobrar nueva vitalidad, pero se trata de un ligero parpadeo, ya que luego se lanzan hacia el horizonte hasta ser sólo en un punto luminoso sobre el vientre de la noche

—¡¡Crispín Cantaredo ! ¡No te movás, aquí te habla la autoridad !!

Una pareja de guardias se precipita al interior del rancho. Crispín pretende levantarse, pero los disparos lo contienen. Sorprendido ante aquella dentellada implacable, logra erguirse con dificultad e intenta dar unos pasos. Sus ojos brillan con mayor intensidad. Trata de hablar, de desalojar todo el desaliento que presuroso va cubriendo los espacios inertes que la vida abandona, pero se desploma irremediadamente.

La noche cuelga sus crespones sobre el rancho. Hay un silencio de muerte colmando los rincones. El viento ha retornado, más delgado y penetrante, y se pone a danzar sobre el cuerpo de Crispín, hasta hurtarle sus tibiezas definitivas, luego se dedica a golpear la piel apergaminada de Remigia, para después salir al campo abierto, a perseguir el sordo rumor de la autoridad que se aleja a través de la penumbra

## EL REGISTRADOR

Era sumamente feliz entre aquella confusa multitud de libros apergamina- dos. Los conocía uno a uno y sabía nombrarlos casi maquinalmente, como un padre satisfecho de su prole. Había dedicado quince años a levantar un mundo adecuado a sus estrecheces. Años sin color de juventud, horriblemente opacos. Años de alucmamiento, con el alma cubierta de blandas escamas: sus senti- mientos jamás exteriorizados, mertes desde siempre. Una vida de necesidades insatisfechas, albergadas con un deleite inadecuado. Quince largos años de amargas privaciones, viviendo en un ambiente hostil, incomprensible, indife- rente a su existencia trágica. Pero eran también quince años compartiendo el poder subyugador que encerraban aquellos enormes libros de la Oficina del Registro de la Propiedad Raíz. Día tras día, a todas horas, en cualquier instante y siempre que lo requerían, iba con pasión desbordante a consultarlos. Y cuanta vez lo hacía, sensaciones extrañas sacudían su pequeño cuerpo, pero estaba tan acostumbrado a ellas que únicamente se limitaba a sonreír, sin permitir que se manifestaran en algún gesto o sobresalto. Sus manos nudosas eran dos pájaros aletargados sobre aquellas páginas amarillentas. Daba la impre- sión de que cualquier pensamiento que no tuviera la más mínima relación con su forma singular de ser feliz no encontrara cabida en su cerebro. A través de muchos años había encasillado la vida y las cosas que lo rodeaban. Su anhelo más grande habría sido disponer de tiempo suficiente y de energías inextingu- bles para sumirse en su mundo, atrozmente deslindado, en donde lograr, con su autoridad, que todos inscribieran lo que creían que les pertenecía.

Para los demás empleados no era usual aquella manera de proceder, pesc a conocer algunos rasgos del hondo sentimiento que aquellos libros volumi- nosos habían despertado en él. Era natural que su extremada solicitud nos indicara en Cabrera una alteración mental de insospechadas proporciones. A veces reíamos de su seriedad, para nosotros producto del fingimiento. Gozá- bamos viéndolo excitado, enfadado por algún descuido nuestro en el trato hacia aquellos libros. Muchos éramos jóvenes de reciente ingreso, y por lo tanto, ignorábamos en absoluto el número exacto de años que Cabrera había consumido ante aquel desvencijado escritorio. En nuestras tertulias elucubrá- bamos extensamente sobre cuáles serían los hábitos de semejante individuo. Algunos lo imaginaban cubierto totalmente de frialdad ante las distintas emo- ciones que la vida ofrece a diario. Nadie alcanzaba a concebir que su sangre circulara normalmente. Creíamos simplemente que se le había endurecido en las arterias; de allí su inexpresividad, su completa impasibilidad ante las exci- taciones circundantes. Para nosotros un único sentimiento ocupaba su cuerpo menudo, maltrecho, de animalejo apabullado: la obsesionante atracción hacia aquellos libros asquerosos

Quizás nadie como yo llegó a interesarse tanto por conocer los porme- nores de aquella vida que se me antojaba sofocada, aplastada sin ninguna com- pasión y sin que él esbozara siquiera una protesta o una blasfemia.

Cabrera o Cabrerita como solíamos llamarlo, se consideraba copartícipe, por lo menos eso era lo que podía deducirse de su mal disimulado orgullo, del poder subyugante encerrado en aquellos libros: el poder de sentirse dueño absoluto, con la obligación de defender a puños y dentelladas ese privilegio

Vuelvo a repetir que esos eran los reflejos de una manifiesta alteración mental. Aún me parece percibir el ambiente enrarecido que le rodeaba; aquella atmósfera agobiante en la cual su vida simple se deslizaba tranquila, ajena a cualquier sobresalto. Vuelvo a contemplarlo entre aquellos ventrudos terratenientes que hipócritamente amables, tibios y gozosos, le brindaban palmaditas amistosas, ante las cuales Cabrera reaccionaba casi con un enternecimiento estúpido, para luego encaminarse flemático hacia su puesto en donde afectadamente se dedicaba a revisar una a una, las hojas malolientes de aquellos volúmenes repugnantes. Todos reían a escondidas del muy cretino. Yo sentía únicamente piedad hacia él y hacia su alucinada vida. A veces, lo confieso, me asaltaba el desmedido afán de golpearlo, de estrujarle el cerebro entre mis manos hasta extirparle aquel tumor maligno. O se me ocurría ir a cubrirlo de improperios, precipitarme sobre él y lanzarle escupidas agresivas sobre su rostro permanentemente oscurecido por aquel enajenamiento, hasta desgastarle los pómulos que se me imaginaban prominencias atiborradas de aquel sopor. Pero podía más mi sentimentalismo y si, por casualidad, se volvía hacia mí, lo bañaba con una mirada apacible, tierna y bondadosa. El esbozaba apenas una sonrisa tímida y volvía de inmediato a su rutina.

Diariamente acostumbraba llevarse uno o dos libros para su habitación; invocaba cualquier pretexto, pero nada ni nadie podía impedirlo que siguiera en su práctica asombrosa. Me consta que allí, en su apartamento, la madrugada le sorprendía hojeando incansablemente, con tenacidad de sangüijuela, para experimentar el maudito placer de ver desfilar ante sus ojos aquel montón de propiedades y sonreía satisfecho de su suerte. Era un ser extravagante, no cabe duda alguna, ni puede tampoco dudarse de lo dichoso que se sentía en aquel mundo de horizontes amalgamados. Era una sombra insaciable, ávida de beberse la vida en un solo trago, espeso y oscuro. Al día siguiente, después de aquellas noches de voracidad insólita, los vecinos se sorprendían al verlo encaminarse a su trabajo, radiante y amable, con los pesados libros bajo el brazo.

Eran quince años tortuosos hasta la puerta de la Oficina del Registro, pero del quicio para allá enormemente dichosos. Complejo modo de vivir

Pero un día de verano, igual, cosa rara, a todos los días de verano, una amenaza se cernió sobre el mundo desamparado del fiel Cabrera. Y la culpa era de una hoja de papel corriente, cubierta de caracteres negros. Cabrera no lograba averiguar cómo había ido a parar a sus manos ese retazo de papel, y pese a disgustarle su presencia, en vez de desecharlo, lo leía una y otra vez, con desesperada ansiedad, posesionado por un temor que sentía crecer en cada línea que repasaban sus ojos. Pero Cabrera no podía dejar de leer

“ y le comunicamos que cesará en sus funciones el día ”

Amenaza grave. Golpe demoledor. ¿Permitiría él semejante atentado?

Nunca, mientras tuviera fuerzas para impedirlo. Y al pensar así, se crispaban sus manos y la más férrea decisión volvía su rostro más anguloso.

No obstante, aquellos señores parecían no espantarse. Seguía viéndolos llegar sonrientes hasta su escritorio y solicitar sus servicios de Registrador. Y esto desconcertaba totalmente a Cabrerita. ¿Acaso no se habían percatado del peligro que corrían? ¿O no les importaba perderlo a él, prescindir de sus servicios? ¿Dejarían impune aquella atrocidad? Imposible. Él sabía con certeza que eso jamás podría suceder. Durante quince años los había venido observando cuidadosamente; conocía de su voracidad; de su hambruna de tierras; sabía también de su cólera cuando veían amenazadas sus propiedades, y también los había visto sonreír satisfechos cuando lograban arrebatarle un centímetro de tierra a algún pobre infeliz, y conocía sus premuras, sus correrías a inscribir otra pulgadita más, y otra y otra, hasta el infinito. Y para todo eso, él era la persona indicada, la mano presta a ponerse en movimiento para servirles con firmeza y fidelidad

Pero nada les veía hacer para resguardarse del enorme peligro que se aproximaba. Nada. Sólo sonreír siempre, con satisfacción que a Cabrera se le antojaba estúpida, inútil. Y ante esa desconcertante realidad, Cabrerita leía y releía el ya arrugado pedazo de papel, como si tratara de descubrir un resquicio, uno tan solo, que le permitiera vislumbrar alguna esperanza, algo que aunque mínimo le sirviera de punto de apoyo para lanzarse a la contraofensiva y arrastrar con él, aunque tuviera que utilizar la violencia, a aquellos seres apáticos que nada parecían temer. Pero todo resultaba inútil. Aquellas palabras impresas parecían agigantarse volviendo más evidente y avasallador su contenido, el cual iba penetrando en la conciencia de Cabrerita como una corriente de piedras incandescentes

Noches largas de insomnio padeció el infeliz Cabrera. Las más horribles pesadillas se sucedían sin interrupción en su mente abrazada por la fiebre, como si fueran un film enloquecedor.

Los vecinos se extrañaron del cambio sufrido por aquel hombrecito antes tan sonriente y jovial. Ya no saludaba, simplemente ganaba trechos arrastrándose, como si un peso enorme no le permitiera levantarse.

Se desmoronaba ineluctable su mundo borroso y erigido sobre tierra movediza. Su mundo poblado de imágenes deformes, de palabras grises, de tiempo consumido a medias, de dolores callados, de protestas amordazadas. Su mundo castrado, doblegado; mil veces derrumbado y mil veces vuelto a levantar, como una pared de adobes pequeños y delgados que hoy sucumbían ante una arremetida leve.

Aquello era un choque despiadado, como si un paredón macizo, incommensurable, se le viniera encima, pegando sus intestinos a la tierra. Quiso protestar, pero las palabras se empeñaron en no salir. Tan solo alcanzó a gesticular. Luego, dejó caer los brazos a todo lo largo de su cuerpo, sorbió un moco y volvió a su lugar. Allí se hundió en lo más intrincado de su pensamiento. Y comenzó a repasar su vida, simple y vulgar. Recordó con amargura sus años deshabitados, años de promiscuidad, reblandecidos por la manía de soportar en silencio atropellos y vejaciones. Hoy presentía que su soledad se

agigantaría buscando imágenes nuevas, frescas y rutilantes. Pero él trataría de rescatar sus pocos y breves instantes de felicidad. el primer momento de su juventud, años limpios y buenos, tirados al olvido sin haber sido disfrutados. Aquellos amores insinuados que jamás pudieron cobrar formas definidas. Parecía que un bisturí compasivo hubiera abierto una fisura en aquella masa sólida que aprisionaba todos sus recuerdos, los cuales hoy surgían ciegos y tardos, como apabullados por una luz imprevista. Cabrera respiró hondo como si tratara de recuperar espacios interiores. Necesitaba con loca desesperación auscultarse enteramente: así podría recoger lo bueno que aún persistía y extirpar aquello que le resultaba odioso, repugnante. Sintió que leves golpes dados en su pecho tornaban a erguir sus postradas ilusiones. Aquello era una caricia sobre su piel estirada; una cálida corriente de amapolas deshojándose sobre su corazón. Creía salir de una noche tenebrosa. Trataba de sobreponerse a aquel martilleo feroz, que no cesaba de pulverizar sus más pequeñas esperanzas

Al fin, la certeza de su derrota se enseñoreó de su ser. Ya nada podía intentar. Una brisa caliente se le filtraba en las cuencas de los ojos, obligándolo a admitir un llanto delgado, fibroso, hiriente. Recogió sus cosas, las examinó detenidamente, como si quisiera retardar un poco más su retirada. La más sincera compasión flotaba sobre aquella sala. Él no se percataba, pero a todos y a cada uno le dolía sobremanera aquella decisión que para un hombrecito como Cabrera era la burla más despiadada a sus anhelos. Pensé, en realidad, que algunos se alegrarían de ver así destruido el mundo de aquel infeliz. Pero vuelvo a repetirlo, cada quien, en silencio, como para no turbar aquel instante, reflejaba en su rostro compasión y tristeza por aquel acontecimiento. Cabrerita terminó de revisar el escritorio. Luego, reverente, se encaminó hacia los estantes repletos de sus tan queridos libros. Deslizó las manos sobre ellos, trató de sofocar un sollozo y rodó por el suelo, fulminado por una conmoción cerebral

Tres días después falleció. Los funerales fueron sencillos, ajustados a la poquedad de su vida.

Hoy ya nadie recuerda a Cabrerita, por lo menos no insinúan su nombre. A veces, yo también me abstengo de evocar su figura lastimosa. Pero de improviso me golpean su imagen, sus gestos ridículos, el movimiento calmoso de sus manos huesudas, cuando aquellos señores vuelven a continuar inscribiendo una pulgadita más de tierra, otra más, otra y otra, y así, hasta más allá de todos los límites.

## EL VIAJE INUTIL

El signo de partida     ¿pero cuándo?  
El vuelo inexorable    ¿pero cómo?

LYDIA NOGALES

La tarde es gris, preludio de una noche inquieta. La tristeza comienza a invadirte, y quisieras arrancarte la piel a pedazos y ya sin muecas, simple el rostro en sus raíces, correr espantado por las calles de la ciudad, golpear miles de puertas tras las cuales miles de seres también se despellejan, y escupirles el cuerpo hasta lavarles aquellas manchas sanguinolentas.

Finge la ciudad. Por las noches se engalana de luminosidades y romanticismo. Finge que te quiere. Parece que te desea con ardor de adolescente. La sientes vibrar emocionada cuando la recorres en noches interminables.

El mismo parque. Los mismos árboles. Los mismos pájaros. Las mismas emociones. Tú eres el mismo. El mundo se detiene o se repite, no lo sabes ni te importa. Te has lanzado a la calle con el firme propósito de llegar a algún lado, pero no recuerdas a donde. Alguien te espera, has oído su voz mencionar tu nombre con persistencia. Desconoces esa voz. Tienes la seguridad de que nadie podría esperarte, y sin embargo, tus pasos te conducen, sin que puedas evitarlo siquiera, a cualquier parte, en donde crees que te esperan hace mucho tiempo.

—¡No, señor, el tren para Villa Rosa acaba de salir. No, no hay otro. Sí, hasta mañana, a las 5 de la tarde. Adiós, y créame que lo siento mucho    11

Villa Rosa no existe, lo sabes con absoluta certeza. Pero hay un tren que viaja cotidianamente hacia ese lugar, y también hay un empleado en la estación que afirma que el tren y la villa existen. Debe estar loco, tú lo alcanzas a comprender. No obstante, necesitas ir a Villa Rosa esta misma noche. Sigues calle abajo. Pensativo. Fumas uno y otro cigarrillo. Y continúa aquel nombre grandioso en tu cerebro: Villa Rosa    .. Villa Rosa    Villa Rosa

—¿Qué te preguntó ese hombre    ?

—Algo sobre Villa Rosa, en el Departamento vecino. Un pueblo que no existe, pero me asusté tanto de su expresión que no tuve más remedio que mentarle    1

—¡Debe estar borracho, o es un bromista o tal vez un loco    !

La noche te envuelve. Hay en las calles un silencio que casi puedes palpar, y te imaginas que cualquier palabra sería capaz de abrir un boquete por donde se colarían mil ruidos infernales. Necesitas seguir callado y despierto. Si el sueño llega a vencerte, volverás a pensar en tus inquietudes y la exasperación te empujará hacia cualquier rumbo, hasta encontrar ese pueblo que no existe.

—¡En Villa Rosa no sucede nada extraordinario. Todo es tan simple y vulgar. Hay una rutina que espanta, que horroriza. !!

—¡Quizás sea por eso mismo que me atrae. Se disfruta aquí de la tranquilidad más asombrosa. Este es un pueblo pequeño, habitado por gente buena y trabajadora. Los problemas no llegan a ser tan complejos como los de la gran ciudad. Uno que otro altercado, pero no pasan de ser eso solamente !!

—¡Tal para cual. A tu edad, con ese espíritu recortado que tienes y esa tu manera singular de ver transcurrir la vida, nada mejor que Villa Rosa, el lugar indicado para morirse de aburrimiento !!

—¡Exageras, Ifigenia. Lo que pasa es que no has logrado acostumbrarte todavía !!

—¡Ni esperes que lo logre, tía Carlota !!

El día te ha sorprendido vagando por el parque. Sientes un leve temblor en las manos, crees que es el presentimiento de algo que de improviso te va a ocurrir. Te golpeas suavemente las mejillas, respiras hondo, para que el cansancio se extienda y se debilite. El bullicio viene rodando por las calles, lo invade todo, se cuele, rebasa resquicios. Te sientes presa de la fiebre: hay piedras que te calciman el pecho y un sollozo agudo y vertical que se te injerta en la garganta, acuchillando tus palabras. Te levantas sofocado, como si un relámpago de sangre hubiera electrocutado tu cerebro. Y de repente comienzas a gritar, y manoteas, y corres, y luego te topas con una nube blanca que se filtra por todos los poros de tu cuerpo, y finalmente el sueño te aplasta, pesado, inmisericorde

—¡Espero la llegada de alguien cuya imagen desconozco. Soy como la tierra reseca, agrietada el alma por la ausencia de emociones o sentimientos imprevistos. Pero el invierno tiene que volver. Su humedad es ya algo tangible. ¡Siento que me ronda anunciando las buenas nuevas de su retorno !!

—¡Tú sueñas con exceso, Ifigenia; es algo natural en ti, pero últimamente has llevado esa manía a sus peores extremos !!

—¡Es lo que me sostiene en este vacío de muerte. Compréndelo, tía Carlota. ¡El aburrimiento que me acecha implacable se estrella con mi persistencia en soñar !!

—¡Villa Rosa no es aburrida, Ifigenia !

—El tedio aquí es blanco, gelatinoso, despiadado, opaca sonrisas, desinfla energías. Me asalta a cada instante la disyuntiva de vivir soñando o soñar que vivo. La vida para mí es luz, movimiento, rumores. ¡Todo el mundo floreciendo segundo a segundo !

—Me parece que tú desvarías. La vida es simple, como los humanos. Ya tiene sus perfiles definidos. Es y no puede ser. Tal vez no me entiendas, ¡pero trato de ser explícita contigo !

—La vida es así, como tú dices, tía Carlota, con esos perfiles malditos que



tanto te agradan, pero únicamente aquí, en Villa Rosa. Más allá de esas barreras que se yerguen inexpugnables, más allá la vida comienza en cada amanecer, y tú puedes marchar con la seguridad de que a cada instante sentimientos nuevos te saldrán al paso, asediándote, persistiendo en apresurar el pulso de tu sangre

Despiertas. Todo es nebuloso, indefinido. Hay una atmósfera hermética, asfixiante. Sientes los párpados gruesos, como si una mariposa de alas espesas y negras se hubiera posado sobre tus ojos. Manoteas. Tu lucidez avanza a tientas. Y poco a poco, tus esfuerzos por recordar abren una brecha diminuta por donde te cueles, y comienzas a reconocer el lugar donde te hallas. Te sorprende, pero no lo crees imposible. Aquel es tu apartamento, el mismo agujero de paredes amarillentas. Recuerdas que estabas en un parque, esperando el momento de abordar el tren para Villa Rosa. El nombre te estremece. Retorna aquella extraña inquietud que te obliga a echar a caminar hacia cualquier parte, pero especialmente rumbo a Villa Rosa, el pueblo cuya existencia desconocías, pero el cual hace algunas semanas está fijo en tus horizontes; desde allí te parpadea, como una lámpara al final de un extenso camino.

Te levantas. Vas hacia la ventana. La abres y el sol te da en pleno rostro. Aquello, por inesperado, te deslumbra, y a ello se une el vértigo, el afán desmedido de experimentar el choque de tu cuerpo contra el suelo. Vacilas, te tambaleas como si un sopor se filtrara entre hueso y carne, por todos los ángulos del cuerpo, adormeciendo tu voluntad. Casi estás a punto de caer en el vacío, cuando unos toques en la puerta te obligan a volver a la realidad. Caminas con pesadez, arrastrándote, como si los pies se negaran a conducirte

—¿Es usted ?

—Sí, ¡y vengo a que pongamos término a esta situación !

—¡Compréndame, no es que no quiera pagarle, simplemente he quedado sin trabajo !

—Lleva usted meses repitiendo lo mismo. He sido paciente, he atendido cuanta súplica me ha hecho. Pero esto tiene que terminar. ¡O me cancela o se larga a la calle !

—¡Le ruego esperar unos días más. Pronto iré a Villa Rosa y entonces todo podrá arreglarse, ¡todo . !!

—¿A Villa Rosa ? Desconozco ese nombre, y además, ¿qué relación puede tener ese viaje con lo que me adeuda ?

—Usted no alcanza a comprenderlo. Alguien me espera en Villa Rosa. Ayer precisamente iba a tomar el tren hacia ese pueblo, pero no pude llegar a tiempo. ¡Hoy le prometo a usted ser puntual !

—Que lo sea o no, en este caso, no me interesa en lo más mínimo. ¡Y le manifiesto que este asunto ya está en manos de un abogado !!

—¡Le pido una última espera. Iré a Villa Rosa. Alguien que ni usted ni yo conocemos me aguarda y tengo la seguridad de que si realizo ese viaje todo problema habrá terminado para mí !!

—¡Usted está loco . Buenos días !!

Se ha ido. Todavía crees estar contemplándolo: feroz, enérgico, implacable, como un pequeño dios sin ángeles ni trompetas. Sientes el irrefrenable deseo de llorar, de llorar y gemir incansablemente, hasta que el cuerpo se te vuelva un rumor salado. Te acuestas, clavas tus ojos en aquel cielo raso de manchas estúpidas. La vida para ti ha sido siempre una cueva oscura, tapiada milímetro a milímetro. Ha sido y es un muro levantado por manos implacables, una pared omnípota que se precipita sobre tus perennes intentos de escapar. Vacío y oscuridad. En el vacío tu cuerpo y encima, jadeante y pegajosa, la oscuridad.

Te miras las manos, inútiles, como dos pájaros agonizantes. Las cubres de impropios y te excita un ansia loca de golpear y golpear hasta aplastártelas. Pero el muro no se mueve. Persiste. Es un parapeto a tu ansiedad de espacio y luz. Es un perro hambriento. En aquel cuartucho aún perdura el invierno. Lo sientes. La humedad se tiende, sube, se vuelve angulosa, lo cubre todo. El musgo crece rápido. Quiere alfombrarte

Exprimes el tiempo. Anhelas acortar aquella monotonía, romper aquella confusión de polos, huir de aquella esfera dilatada y blanca que marca acompasadamente tus domingos desposeídos. El encierro te obliga a recordar. Logra que tu cerebro se agite, sacudiéndose imágenes gruesas de estar albergadas.

La tarde se va dilatando. Cigüeñas de vuelo amargo pintan de verde oscuro aquel cielo apacible. Espesos lagrimones caen con intermitencia. La luz se desperdiga ante el acoso de las sombras. Un piélago de huesos rumorosos te cubre las espaldas. Presientes que la noche traerá emociones frescas, pero sólo las presientes. Y nada más. Albergarlas te es imposible. Eres refractario a ellas. Siempre has creído que eres una piedra caída de no sé qué región ignota. Una piedra diminuta, completamente lisa y sobre la cual los sueños resbalan como lágrimas impotentes

—Sí, volveré mañana. Tengo mucho interés en llegar a Villa Rosa. ¡Maldita sea! ¡Siempre llego tarde !

La calle de nuevo. El bullicio rondando como bestia mansa y suplicante. La gente. Sus penas. Sus inquietudes. Sus sueños. Sus sueños ¿Dónde estarán los tuyos ??

Anoche amaneció tu cuerpo en el suelo. No logras explicarte ese hecho sencillo, pero extraño. Crees que es una manifestación de terrenalidad tremenda. Te atemoriza el saber que tus manos se agitan al presentir la cercanía de la humedad, del vacío, de la soledad. Caminas con tiento. Imaginas que de súbito la tierra se abrirá para devorarte. Temes salir cuando llueve. Todo es tan frágil. Necesitas vivir en suspenso, y si mueres, lo has de hacer prendido a la piel de la vida como una pústula marchita. Piensas en que debes encaminarte hacia cualquier rumbo, hasta chocar, hasta aplastarte en el loco afán de derrumbar lo que te detiene. Si pudieras adelgazarte, convertirte en un susurro apenas perceptible, lo harías con gusto. Tal vez así lograrías darle alcance a esos horizontes que retroceden mientras más avanzas y que, sorpresivamente, se te vienen encima cuando interrumpes el camino. Sabes de cierto que nunca

podrás llegar a ningún sitio. Esa certeza es para ti como un cuchillo clavado a un lado del pecho. Allí está, cercano al corazón, deslizándose sin premura, seguro de no haber errado su trayectoria. Quisieras liberarte de ese cuchillo, lanzarlo y escupirlo, y luego reír hasta el cansancio

— ¡Debo llegar a Villa Rosal Hoy, mañana, pasado mañana, ya no me importa cuando, pero debo llegar. Al nacer traía en mis manos señalado ese itinerario. No sé qué tengo que hacer allí, qué puerta tocar, por quién preguntar. Pero caminar es una forma de vivir. Tal vez la muerte me sorprenda sin que haya logrado darle término a mi marcha, pero por lo menos lo he intentado. Perdón si no alcanzo a llegar. Perdón si el cansancio me doblega. ¡Perdón Perdón !!

No te percatas de que hablas casi a gritos. Transeúntes solitarios se sorprenden viendo y escuchando tus actitudes y tus palabras. Pero no te importa. Siempre te has sentido solo. En medio de multitudes, rodeado de algarabía, arrastrado por tumultos, siempre has experimentado la horrible realidad de verte solo, en un mundo ciego y sordo al drama de tu vida estrecha, adelgazada a golpes. La vida para ti no tiene rostro. No encuentras ninguna expresión en las cosas que te rodean. Hablas y sientes que tus palabras se diluyen dentro de ti, como si un torrente de filos al rojo vivo se adentrara en tus venas, evaporando tus más pequeñas energías

Las noches para un hombre como tú, solo, frustrado y desencajado hasta la amargura, son espantosas. Logras que las sombras retrocedan, pero te atemoriza pensar que continúan allí, en ese cuarto, esperando que apagues tu lámpara para lanzarse nuevamente sobre ti y enlutarte el alma

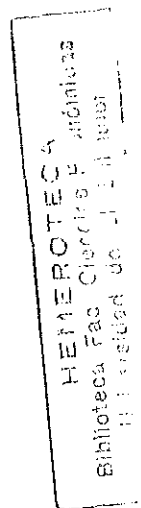
— ¡Moriré una tarde cualquiera. Se quebrará por fin mi vida de perfiles agonizantes. Acabará esta espera inútil. Esta loca ansiedad que me atosiga el corazón romperá el espacio de mi cuerpo para siempre deshabitado. Moriré sin conocer el estremecimiento que produce un beso, sin sentirme entre los brazos de un hombre que me cubra de tibiezas la cintura. Triste muerte la que me aguarda. Sombrío es el final. Soporto una existencia desmenuzada. Cada hora, cada minuto y segundo de mi vida son pedazos que irritan mi vientre socavado por la ausencia de la renovación. Muero ausente de raíces que me sostengan. Me desplomo como un árbol condenado, marchito, con un pájaro ciego y enfermo aleteando entre sus ramas disecadas

— ¡Deja ya de divagar, Ifigenia

— ¡Morir y luego morir. Una medalla igual por ambos lados. Villa Rosa ha consumido mis últimas energías. No vino aquél que yo esperaba. En vano mis brazos se han tendido ansiosos, ávidos de la presencia de aquél que debía llegar

— ¡Nadie iba a llegar, tú lo sabes! ¿Por qué insistes en esperar a un ser que sólo existe en tu mente afiebrada? Vámonos, Ifigenia, ¡sacúdete esa tu cabecita loca

— ¡Morir es hundirse después de una vida de manoteos angustiosos. Si él alcanza a llegar, dile que lo esperé hasta los últimos momentos. Y dile tam-



bién que si soportó innumerables suplicios tratando de llegar, yo he sufrido mucho más esperándole !!

— ¡Tú bromeas! ¿Quién te ha dicho que vas a morir ?

Hay un rumor que persiste en su avance ineluctable. Es el tiempo que lanza su postrer grano de arena en el vacío enorme de tu alma. Vas a morir. Aquel desmoronamiento en tu interior te anuncia la caída definitiva de tu existencia carcomida, agujereada. Pronto terminarán aquellos días feroces que te mordían los talones. Días horrorosos, con dos fauces amarillas y una dentellada oscura. Ante ese invierno que te ronda insondable, experimentas el deseo de escupir hasta quedar reseco, con la piel formando pliegues caprichosos

Villa Rosa no existe. Nunca ha existido ni podrá existir. Es una imagen que se ha colado subrepticamente en tu cerebro, deslumbrándote, entibiando tus anhelos de sentirte dueño absoluto de un punto hacia el cual converger. Es posible, y eso debe alentarte, que tu obstinación en creer que Villa Rosa existe, logre levantar en algún apartado lugar un pueblo que te albergue, en donde tu sonrisa salte por los techos de zinc, y en donde tu voz munde todos los rincones, poblándolos de susurros, de gritos, de blasfemias. Villa Rosa se hunde contigo. Tú la arrastras en ese vórtice que comienza a absorber las horas, los minutos, los segundos de tu existencia que es toda fragilidad. Vas a morir. Hoy comprendes que tu muerte nunca fue presentida, que siempre la has llevado muy adentro, como un ancla, que por fin te obliga a detenerte, para luego arrastrarte al fondo, indefectiblemente